

VIII Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 49, 14-15; Corintios 4, 1-5; Mateo 6, 24-34

«No os agobiéis por el mañana»

27 Febrero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“ÉL ILUMINARÁ LO QUE ESCONDEN LAS TINIEBLAS Y PONDRÁ AL DESCUBIERTO LOS DESIGNIOS DEL CORAZÓN”

Hace poco me hablaban de la publicidad de un servicio de mensajería: “*Lo mejor aún está por llegar*”. ¡Qué positivo! Pensaba yo; porque, leer este mensaje, cuando con facilidad perdemos la esperanza o creemos que nada bueno nos va a suceder, es un motivo para volver a esperar. Hace falta optimismo para enfrentar las dificultades. Porque a veces vivimos pensando que no hacemos nada bien, que nada nos resulta, mientras que los demás sí que lo hacen todo bien. No creemos en nuestras capacidades y talentos. Pensamos que es realmente difícil que las cosas puedan resultarnos bien a nosotros, que somos tan débiles. Esos sentimientos no sólo nos quitan la alegría y la paz, mucho peor, provocan nuestra inactividad. Por el contrario, si pensamos que lo mejor de nuestra vida todavía está por llegar, tenemos una razón más para luchar, para no tirar la toalla y confiar en el futuro. No podemos dejar que el temor a equivocarnos, o la angustia ante la posibilidad de no estar a la altura, nos paralicen. Leía hace poco: “*El objetivo fundamental de los sueños no es el éxito, sino librarnos de los fantasma del conformismo*”¹. Pensar que sí podemos, que es posible lograr lo que soñamos, nos da alas y nos ayuda a avanzar. Pensar que lo mejor no ha llegado todavía, que las mejores experiencias son parte del futuro, nos ayudan a vivir con ilusión, con la mirada siempre dispuesta a percibir lo bueno que la vida nos depara. **El optimismo es el arma que nos ayuda a construir.** **Mientras que el pesimismo y el desánimo nos rompen por dentro, nos atan.**

Pero lo cierto es que NOS PREOCUPAMOS DEMASIADO POR LO QUE TODAVÍA NO HA OCURRIDO. Decía Ignacio Larrañaga: “*Es una locura angustiarse por cosas que hoy son clamor y mañana silencio. Todo es tan efímero como el rocío de la mañana. ¿Por qué angustiarse tanto? Absolutizamos los acontecimientos de cada instante, pero entramos a comprobar, una y otra vez, que todo tiene relativa importancia*”². Las cosas de cada día tienen relativa importancia. Lo sabemos, aunque lo olvidamos. ¡Qué difícil nos resulta vivir sin agobios! Decía Emilio Duró: “*El 99% de todo lo que preocupa a la gente son cosas que no han pasado nunca ni pasarán*”. Vivimos siempre con algo de ansiedad temiendo lo que puede ocurrir. Inquietos y preocupados. Sin encontrar la paz, sembrando inquietudes. Y añade Ignacio Larrañaga: “*Hay tres cosas que andan danzando en una misma cuerda: la dispersión, la angustia y la obsesión. Muchas veces no se sabe quién engendra a quién. La angustia genera obsesión, la obsesión, a su vez, angustia y la dispersión al menos favorece ambos estados*”³. Vivimos dispersos, disparando para todos lados y tratando de apagar incendios. Nos dejamos llevar por lo urgente, desatendiendo lo importante. No tenemos metas claras ni prioridades. Vivimos sin saber bien qué dejar, para tener más tiempo para lo que de verdad merece la pena. Somos reactivos ante la vida y nos cuesta ser proactivos y tomar

¹ Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 53

² Ignacio Larrañaga, “El arte de ser feliz”, 33

³ Ignacio Larrañaga, “El arte de ser feliz”, 63

la iniciativa. Por otro lado, la angustia ante el futuro incierto aumenta con la dispersión; crece la ansiedad y no nos deja vivir con un corazón tranquilo y confiado. Nos obsesionamos con las cosas que nos preocupan y hacemos de ellas algo absoluto. Por eso, al no ser capaz de mirar el bosque en toda su amplitud y el tiempo en todo lo que abarca, hacemos de cada pequeña batalla una verdadera guerra. Le damos a todo la misma importancia y no dejamos pasar nada por alto. Así no podemos seguir viviendo. **Las lecturas de hoy nos hacen tomar conciencia de dos cosas fundamentales: Dios conduce nuestra vida y nos quiere con locura.**

DIOS SE PREOCUPA DE NOSOTROS PORQUE NOS QUIERE Y SU AMOR CONDUCE NUESTRA VIDA. Las palabras de **Isaías** hoy nos reconfortan porque expresan ese amor incondicional de Dios por el hombre: *“Síón decía: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado.» ¿Es que puede una madre olvidarse, de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré”*. Isaías 49, 14-15. Dios no se olvida. Una madre podría olvidarse, porque es humana, pero Dios no. Sabemos cómo es el amor de las madres, abnegado, servicial y generoso hasta el extremo. Es un amor incondicional y siempre atento a las necesidades. Así es el amor de una madre y sabemos que Dios nos ama con un amor mucho más grande, con un amor sin medida. No obstante, a nosotros se nos olvida esta verdad sobre la que tendría que descansar nuestro corazón. Muchas veces nos relacionamos con una idea de Dios, con un conjunto de preceptos, pero no con una Persona, con alguien que nos quiere con un amor personal. Jesús nos recuerda lo importante que es no poner nuestra confianza en el dinero, ni en los bienes que pasan, sino sólo en un Dios personal que nos ama: *“Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero”*. Pero nosotros buscamos continuamente seguridades en otros amos de carne y hueso, amos a los que podemos tocar y que nos parecen más reales. Buscamos descansar en el dinero y en los bienes porque en ellos nos sentimos en casa, más seguros. Nos angustia la inestabilidad de la vida y del trabajo, la fugacidad del tiempo, la inconsistencia de los vínculos. Ponemos la seguridad en la salud y en nuestra vida que tiene fecha de término. Así vamos sirviendo a muchos señores, aunque llegamos a afirmar que es a Dios a quien seguimos. Por eso hoy nos preguntamos: *¿A quién servimos en realidad? ¿Por quién hacemos todo lo que hacemos? ¿Quién es el amo en el que descansamos y al que obedecemos? ¿Por qué nos preocupa más lo que piensa la gente que lo que piensa Dios?*

VIVIMOS EN UN TIEMPO INQUIETO Y REVUELTO. Los últimos acontecimientos en países árabes han hecho tambalear los cimientos de la paz mundial. No podemos descansar ni en los bienes ni en el dinero; la crisis nos ha hecho darnos cuenta de su inconsistencia. No podemos controlar nuestra vida, no la manejamos. La inseguridad laboral y la incertidumbre económica nos hacen tomar conciencia de quién tiene que ser nuestro verdadero amo en esta vida. Por otra parte, la paz mundial parece estar en peligro. La globalización nos hace más conscientes de la violencia que existe en tantos lugares. Vivimos en una situación de constante incertidumbre. Decía **S. Bernardo**: *“Muchas son las tribulaciones que nos afligen en este mundo: pobreza, enfermedades, desgracias, persecuciones. Pero el nombre de Jesús tiene el gran poder de cambiar estas tribulaciones en alegría”*. Cristo nos puede devolver la alegría. Él nos hace caminar con confianza en medio de las tribulaciones. Es por eso que nos gustaría hoy hacer nuestras las palabras del salmo: *“Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación; sólo él es mi roca y mi salvación; mi alcázar: no vacilaré. Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. De Dios viene mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, Dios es mi refugio. Pueblo suyo, confiad en él, desahogad ante él vuestro corazón”*. Sal 61, 2-3. 6-7. 8-9ab. En este tiempo de crisis, cuando se derrumban todas nuestras seguridades humanas, sólo el corazón de Dios permanece firme ante nosotros. Decía el **P. Kentenich**:

*"El sentido de toda inseguridad y desamparo es lograr una seguridad y un cobijamiento más elevados en la mano y el corazón de Dios"*⁴. Sólo en Dios podemos confiar porque su amor es infinito. Él tiene en sus manos nuestra vida, nuestros planes y da respuesta a todo lo que anhela nuestro corazón. Dice S. Pablo: *"El Señor pondrá al descubierto los designios del corazón"*. Dios sabe lo que realmente ocupa el centro de nuestra vida, sabe quién manda. Dios sabe lo que nos inquieta y motiva. Podremos engañarnos a nosotros mismos, podremos aparentar lo que nos somos; **pero Dios ve en lo escondido y descubre las verdaderas motivaciones que mueven nuestra vida.**

DIOS NOS HA DADO LA VIDA PARA QUE LA CUIDEMOS COMO BUENOS ADMINISTRADORES.

Así lo expresa S. Pablo: *"Que la gente sólo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora, en un administrador, lo que se busca es que sea fiel. Para mí, lo de menos es que me pidáis cuentas vosotros o un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. La conciencia, es verdad, no me remuerde; pero tampoco por eso quedo absuelto: mi juez es el Señor. Así, pues, no juzguéis antes de tiempo: dejad que venga el Señor. Él iluminará lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los designios del corazón; entonces cada uno recibirá la alabanza de Dios"*. Corintios 4, 1-5. Lo importante en el administrador es su fidelidad. La fidelidad en las cosas pequeñas es lo más precioso en la vida. Los grandes mártires, aquellos que no dudaron en los momentos más complicados, lo sabían. **S. Policarpo**, obispo mártir a quien hemos celebrado hace poco, decía: *"El cristiano no tiene poder sobre si mismo sino que se consagra a Dios. Vuestro bautismo permanezca como escudo, la fe como yelmo, el amor como lanza, la paciencia como armadura"*. Somos sólo administradores que necesitamos la gracia para servir fielmente en aquello que Dios nos ha confiado. Todo lo que tenemos le pertenece a Dios. Se lo hemos consagrado ya desde el bautismo. Pero nosotros nos empeñamos en llevar las riendas, en querer controlar la vida. Sólo tenemos que rendir cuentas ante Dios, no ante los hombres. La vida pasa, nada es eterno, sólo el alma que ha nacido para la vida plena en Dios. Todo lo demás importa menos. **Nosotros administramos, Dios es el que gobierna.**

JESÚS ES CLARO AL SEÑALAR NOS EL CAMINO QUE TENEMOS QUE SEGUIR: VIVIR EL PRESENTE Y BUSCAR SIEMPRE A DIOS. Dice: *"Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos."* » Mateo 6, 24-34. Si lo pudiéramos reflejar con una imagen, la del niño es la más convincente. El P. Kentenich nos hablaba de vivir siempre con una actitud de niños ante Dios, ante las dificultades, a la hora de enfrentar nuestros miedos. Sabemos que los niños tienen muchas imperfecciones. Pero también sabemos que es la condición que nos puso Jesús para entrar en el Reino de Dios, hacernos como niños. Y es así porque, si somos como niños, nos dejaremos conducir y guiar por Dios. Dice el P. Kentenich: *"Así son los niños: mientras sepan que el padre está en el timón y gobierna la nave, todo estará bien. Todos los enigmas de la vida se aclaran si los enfrento con esa fe sencilla de niño, si me dejo educar por el Padre del cielo teniendo presente que Él quiere tallar en mí una obra de arte"*⁵. Es el espíritu que nos regala Jesús en el Evangelio de hoy, quiere que confiemos como niños. No quiere que vivamos agobiados pensando en nuestro futuro. No quiere que perdamos la paz preocupados por las incertidumbres e inseguridades que forman parte de la vida. **Para lograr vivir sin miedo y con el corazón lleno de esperanza y alegría, nos deja muestra un camino de vida.**

VIVIR EL PRESENTE. Una frase conocida expresa muy bien la actitud que deberíamos tener ante la vida: *"¿Dónde estás? Aquí. ¿Qué hora es? Ahora. ¿Quién eres? Este momento"*. Así deberíamos vivir siempre. Lo importante es lo que estamos viviendo, no lo que está

⁴ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 354

⁵ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 188

por venir. Las palabras de Jesús nos tocan especialmente porque estamos inquietos muy a menudo: “*Por eso os digo: No estéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos?*” Sí, tal vez lo sabemos con la cabeza pero no con el corazón. Lo tenemos claro, nuestra vida vale más que la de las aves, pero nos seguimos preocupando y andamos inquietos. Se nos olvida el amor que Dios nos tiene: “*¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?*” Queremos cambiar el futuro, nos gustaría decidir lo que está por venir. Sin embargo, no podemos cambiar nada. Nos ocupan cosas que no logramos controlar: “*¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues, si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los gentiles se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.*” Y nosotros nos inquietamos como los gentiles, como si Dios realmente no existiera. **¿Cómo podemos hacer frente al futuro de forma diferente? ¿Cuál debería ser nuestra actitud?**

VIVIR EL PRESENTE ES UNA ESCUELA DE VIDA. Muchas veces lo escuchamos y lo aceptamos con la cabeza, pero luego no logramos vivir así. Vivir el hoy como si fuera el último momento no es tan fácil. Vivimos pensando en el pasado, en lo que no resultó bien, en lo que podíamos haber hecho y no hicimos. Vivimos pensando en los “debería” y “podría” que nunca llegarán a hacerse realidad. Y nos ahogamos en los acontecimientos de cada día como si en ellos se estuviera jugando nuestra vida entera. El futuro nos acaba quitando tanto la paz, que acabamos viviendo lo que todavía no ha sucedido como si fuera algo real. Sufrimos en nuestra carne todos nuestros miedos y el cuerpo acaba pasándonos factura. Por eso hoy es bueno volver a recordar esta clave esencial para la vida. Cada día tiene su afán y debería ser lo único que ocupara nuestro corazón y nuestra mente. Deberíamos recordar siempre una frase del P. Kentenich: “*El padre es la medida de las cosas, no el hijo. Captar esta verdad es quebrar la estrechez personal, recobrar la salud o, al menos, aumentar nuestra fortaleza y la resistencia*”⁶. Si asumimos que no somos dueños del futuro y que lo único que administramos es el instante presente y el momento que vivimos, tendríamos muchas más paz en el alma. El niño confía en su padre porque siente que lo puede todo. Así tendría que ser nuestra confianza en Dios. **Pero para vivir así el presente y confiar es necesario vivir la segunda clave de la que hablaré ahora.**

LA IMPORTANCIA DE BUSCAR SIEMPRE A DIOS. Decía Pablo Domínguez, sacerdote madrileño fallecido hace dos años: “*El protagonista de mi vida es Dios*”. El protagonista y dueño de nuestra vida es Dios, no nosotros. Es Él el que gobierna, conduce y da sentido a todo lo que hacemos. Es el Dios Providente que se preocupa de cada una de nuestras inquietudes. Nuestra vida está en sus manos. Nadie tiene calculados los días que va a vivir, lo único seguro es lo que ya hemos vivido. ¡Es tan frágil la vida! Todo puede cambiar de la noche a la mañana. La vida es un misterio que no logramos entender. Morimos al nacer y nacemos al morir. Los dos mundos, nuestro mundo finito y la eternidad, se unen de una forma que no logramos comprender. Queremos hacernos niños en las manos de Dios para confiar en Él. La confianza, la libertad y la paz con la que viven los niños la vida es algo que hemos perdido al envejecer. Decía el P. Kentenich: “*Lo que el niño posee por naturaleza, debe reconquistarlo el hombre maduro a costa de una lucha seria*”⁷. Queremos volver a vivir el presente como lo viven los niños, queremos volver a

⁶ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 259

⁷ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 68

confiar en el Padre como lo hacen ellos. Para ellos Dios lo puede todo. Para nosotros, desconfiados, Dios no es omnipotente. Una frase de S. Ignacio refleja la actitud ideal en la vida: "*Actuar como si todo dependiera del hombre, confiar como si todo dependiera de Dios*". Es **el único camino para vivir en dependencia como el niño frente a su padre.**

LA DEPENDENCIA DE LOS QUE CONFÍAN ES EL CAMINO. Pero no nos gusta ser dependientes. Queremos ser autónomos, capaces de decidir lo que queremos sin tener que consultarlos con nadie. Si somos niños ante Dios es la dependencia lo que marca nuestra actitud de vida y eso no nos gusta. **María es la niña dependiente** de Dios, que se deja conducir por el Padre al que ama. Ella nos enseña a depender de Dios, a fiarnos de sus planes. En la vida nos parece algo imposible, porque desconfiamos de las personas, de sus intenciones y capacidades. No queremos que nadie decida lo que es bueno para nosotros. Juzgamos a partir de nuestros prejuicios y rechazamos, pensando que estamos en posesión de la verdad. Confiar en las personas cuando nos fallan, cuando no confían en nosotros, cuando no creen en lo que somos y tenemos, es difícil. Es fácil creer en otros cuando creen en nosotros. Sin embargo, creer y confiar, cuando no han confiado en nosotros antes, tiene más mérito. María nos enseña a confiar más en Dios y en sus proyectos. María nos enseña a confiar porque Ella confía en nosotros. Ésa es la razón de nuestra confianza, Dios confía siempre en lo que valemos, en toda la belleza que hay en nuestra alma. María se sintió amada por Dios y dejó que Dios tomara las riendas de su vida. Desde mucho antes del momento de la Anunciación María vivía sólo para Dios. Era su único dueño, dependía de Él en todo. *¿Queremos ser dependientes de Dios? ¿Estamos dispuestos a dejar que Dios lleve el timón de nuestra barca?*

EL CAMINO ES DEJAR QUE CRISTO ENTRE EN NUESTRA VIDA. Decía Benedicto XVI: "Quien deja entrar a Cristo en la propia vida no pierde nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande". Cuando Cristo entra en nuestro corazón no nos quita nada de lo nuestro y nos da todo lo suyo. A veces nos da miedo decirle que sí a Dios, porque nos asusta pensar en un futuro lleno de cruces. Tememos que Dios lo complique todo y nos quite aquellas cosas que tanto amamos. No obstante, cuando Cristo entra en nuestra vida, no nos quita aquello que llena el corazón. Al contrario, Dios le da sentido a nuestra vida y la llena con su amor. No nos da más cruces y nos da la fuerza que necesitamos para enfrentar las cruces que permite en nuestra vida. Él nos da la gracia para caminar, para cargar con nuestra cruz de cada día. Cuando dejamos que entre en nuestra vida, en nuestros planes y en nuestros afectos, todo cambia. No perdemos nada de lo que hace la vida bella, al contrario, las cosas cobran nueva vida. Es un intercambio desigual. Es el camino para vencer tantos miedos e inseguridades que nos quitan la paz. Es el camino para que la petición de Cristo en el Evangelio de hoy se haga carne en nuestras vidas: "No andéis agobiados". Nuestros miedos y agobios nos paralizan y pueden llegar a hacer realidad aquello que tememos. El miedo en la vida y los agobios nos quitan la alegría y la libertad para vivir amando. Pero no es tan fácil lograr que desaparezcan los miedos y los agobios. Vivimos con miedo a perder, con miedo a vivir de verdad, con miedo al fracaso en la vida, a quedarnos solos. Nos da miedo la inseguridad del presente, la inconsistencia de nuestro mundo. Hay muchos miedos ocultos, miedos pasajeros, miedos que permanecen a lo largo de los años. El miedo es inherente al alma. Sólo si Dios nos da la gracia aprenderemos a enfrentar la vida sin temor. Hoy pedimos vivir así, con la paz de los niños, sin miedos ni agobios, confiando, dependiendo de su poder. Que ese don de Dios se haga vida en nosotros y podamos así vivir en Él, en su amor. **Que podamos mirar el presente con un corazón confiado y con paz.**